

La historia de la Guerra Civil Española

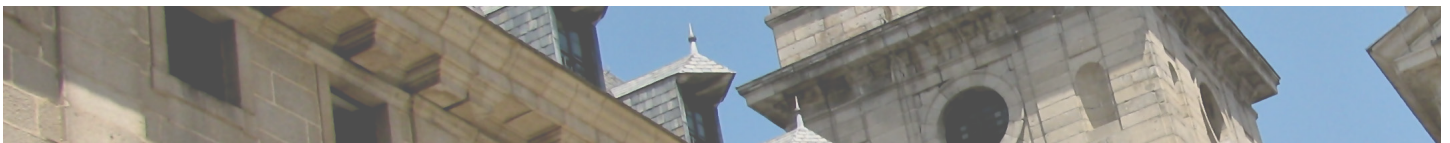
Elisa Becker
Honors Project Excerpt
Fall 2012

La Segunda República Española y la subida de fascismo

Las raíces de la Guerra Civil Española comenzaron más de doscientos años antes del estallido de los enfrentamientos en 1936. Por siglos, había una clara división entre dos grupos: (1) los terratenientes y los empresarios y (2) los obreros industriales y agrarios. Siempre había tensión entre los dos dada la diferencia en el estatus social—los terratenientes y los empresarios ocupaban un lugar superior y así recibían más privilegios que los obreros—pero las relaciones empeoraron durante los siglos XIX y XX hasta el clímax durante la Segunda República Española.

Durante la época de las revoluciones de los siglos XVIII y XIX, mientras el resto de Eu-

ropa experimentó cambios enormes en su estructura social, España todavía se caracterizaba por elementos feudales, especialmente la idea de la jerarquía social. Por ejemplo, al principio de su existencia, la Guardia Civil no existía para proteger a toda la población española; se creó esta policía rural sólo para proteger las fincas y a los terratenientes (Preston 11). Lógicamente, dado el nivel de desigualdad, los obreros querían reformas para mejorar su situación mientras los terratenientes y los empresarios creían que las reformas, incluyendo las más sutiles, amenazarían el lugar de los poderosos en la estructura social (Preston 10). Había pistas durante los primeros años del siglo XX que los obreros querían rebelarse contra el gobierno y la estructura social cuando se formaron ideas socialistas



y comunistas. Sin embargo, el dictador Primo de Rivera las reprimió durante los años 20 (Preston 17). Desafortunadamente para los obreros, el sistema español simplemente no tenía la capacidad de aprobar cambios sociales: España estaba encerrada en un sistema anticuado que promovía las crecientes hostilidades entre los dos grupos (Preston 10).

Se formó la Segunda República Española en 1931. Inmediatamente después, hubo problemas y conflictos, principalmente centrados en la escala de reformas económicas y sociales (Preston 19). Aunque el gobierno republicano propuso y discutió reformas relativamente moderadas, los derechistas, incluyendo los terratenientes y los empresarios, mantenían que la República y sus reformas, las cuales se consideraban un desastre, destruirían el país (Ben-Ami 22). Los derechistas “portrayed the Republic as a barbarian invasion that would eliminate Hispanic civilization and would enthrone ‘the darkest instincts of man’” (Ben-Ami 22). Mientras los derechistas estaban aterrizados de la República y la quiebra inevitable del gobierno, los izquierdistas, como los obreros y los socialistas, tenían grandes expectativas para las reformas. Esperaban que la República destruyera la influencia reaccionaria de la Iglesia

y el ejército en la política española. Además, creían que la República apoyaría el nacionalismo vasco y el catalán (Preston 20).

El gobierno republicano estaba atrapado entre los dos lados sin una solución fácil. Tenía dos opciones, ninguna de las cuales era satisfactoria. Por un lado, el gobierno republicano podía escuchar a las clases bajas, pero el ejército, que apoyaba a los derechistas, probablemente dificultaría esta opción. Por otro lado, el gobierno podía reprimir a las clases bajas y obedecer a las clases altas, pero los obreros se sublevarían contra la República (Preston 25). Al final, el gabinete de la República consistía en políticos moderados que no querían promulgar reformas extremas y que trataron de complacer a los dos grupos con una política moderada. Inicialmente, la República ni reconoció los miedos de la derecha ni las ilusiones de la izquierda (Preston 20). Sin embargo, ya era demasiado tarde: los derechistas vieron la amenaza del gobierno republicano contra el status quo y los izquierdistas tuvieron que reconocer que las hostilidades derechistas habían comenzado (Ben-Ami 23).

La nueva constitución, aprobada el 9 de diciembre de 1931, rompió con la moderación política anterior del gobierno republicano—era

liberal, democrática e incluyó reformas fundamentales que cambiaron la estructura social española (Preston 25). Una cláusula en particular, la Cláusula 26, enfadó a los derechistas. La Cláusula 26 les quitó el financiamiento al clero y a las órdenes religiosas, disolvió la orden de los jesuitas en España, y declaró que España no tenía una religión oficial: es decir, dicha cláusula tenía el objetivo de terminar la influencia de la Iglesia en la política y la sociedad (Holguín 30). Naturalmente los derechistas, la mayoría de los cuales eran católicos, se sintieron ofendidos; para ellos la Cláusula 26 era un ataque contra los valores tradicionales. Ángel Herrera, un líder influyente de uno de los partidos derechistas, Acción Popular, dijo con referencia a la constitución, “The constitution...is not and will not be ours, of us Catholics. We are not within it. We are incompatible with it” (Herrera citado en Lannon 41). La Iglesia se alió firmemente con el lado derechista y por eso, la República perdió el apoyo de muchos católicos (Preston 27).

La constitución no era la única polémica que dividió a los derechistas y los izquierdistas durante los primeros años de la Segunda República. Otro tema problemático era el nacionalismo catalán. Durante los siglos XIX y XX,

Barcelona, la capital de Cataluña, se convirtió en el centro económico del país y la base de desacuerdo contra la política (Ucelay-Da Cal 38). Barcelona se caracterizó por “the modern push and shove of business”, y por los años 30 tenía una población de más que un millón de personas (Ucelay-Da Cal 38). Por lo tanto, es poco sorprendente, dado el ambiente político y la rica cultura regional, que Cataluña haya querido un nivel de autonomía. Los izquierdistas apoyaron el nacionalismo catalán, y el 19 de septiembre de 1932 el gobierno republicano aprobó la ley de autonomía, y el gobierno catalán—se llama la Generalidad—se estableció (Beevor 29). Los derechistas y el ejército, por otro lado, vieron el regionalismo catalán y la ley de autonomía como un ataque contra la unidad nacional (Beevor 30). De esta manera, el nacionalismo catalán añadió aún más tensión al conflicto general entre la derecha y la izquierda.

Las elecciones de 1933 trajeron una oleada de problemas nuevos para la República. El partido principal de la República era una coalición izquierdista que consistió en los socialistas, los republicanos, los obreros y los radicales (Preston 19-20). Los grupos que formaron la coalición no estaban unidos—tenían ideales

y metas diferentes, por consiguiente, cuando se empeoraron las tensiones entre los derechistas y los republicanos izquierdistas, la coalición estaba en peligro. Los radicales dejaron la coalición primero, no por razones ideológicas, sino para ponerse al lado de los que probablemente iban a ganar las elecciones—en ese entonces la derecha era más fuerte y estable que la izquierda (Preston 24). Es decir, motivados por las próximas elecciones de 1933, los radicales se convirtieron en un partido moderado para así unirse al lado ganador (Beevor 34). Luego, los socialistas dejaron la coalición a causa de la falta de reformas promulgada por la República. Para no alienar a ningún grupo, el gobierno republicano mantuvo políticas moderadas, sin embargo, eran demasiado moderadas para los socialistas. Los socialistas querían cambios y reformas—específicamente, querían reformas al sistema social y al sistema de impuestos que estaba a favor de los ricos—y cuando dichas reformas no ocurrieron, ellos perdieron la fe en el gobierno republicano (Beevor 34). La falta de reformas en combinación con la perspectiva negativa, según la cual la República era tan corrupta e injusta como los regímenes anteriores, les provocó a los socialistas que abandonaran la coalición en 1933

(Preston 24).

Por otro lado, mientras la coalición izquierdista fracasaba (en parte por la tensión entre los grupos sumamente distintos), la derecha estaba organizándose y obteniendo el apoyo de la clase media. Por lo tanto, la derecha estaba bastante unida y tenía grandes expectativas para las elecciones (Preston 31). Su confianza estaba justificada y la derecha ganó las elecciones de 1933 y tomó el control del parlamento: ni los socialistas ni los republicanos izquierdistas tenían bastante poder para ganar (Preston 32). La mayor parte del poder derechista estaba situada en su coalición nueva: la Confederación Española de Derechos Autónomos, o CEDA, que consistía en los católicos derechistas, los terratenientes, los empresarios y, extraoficialmente, los monárquicos. La CEDA ganó 117 escaños en 1933, más que ningún otro partido—la fracasada coalición izquierdista ganó sólo 8 y los socialistas, 60 (Beevor 34). No obstante, aunque la CEDA tenía la mayoría, Manuel Azaña Díaz, el presidente de la República, se negó a nombrar a José María Gil Robles, el líder de la CEDA, como primer ministro porque para Azaña, Robles era demasiado derechista y Azaña no confiaba en él. Al final nombró a Alejandro Lerroux, quien

era el líder de los radicales, los cuales ganaron el segundo número de escaños: 104 (Beavor 34).

Inmediatamente después de las elecciones, la derecha declaró su intención de deshacerse de todas las reformas de la República izquierdista (Preston 33). Es decir, las pocas reformas que la República izquierdista había promulgado estaban en grave peligro. Después de las elecciones, no pasó mucho tiempo hasta que la creciente retórica revolucionaria entre los izquierdistas se convirtió en violencia palpable y el 8 de diciembre del 1933, los anarquistas organizaron una revuelta (Preston 34). Aunque la revuelta fracasó, y por lo tanto no era una amenaza verdadera al régimen, los derechistas impulsaron censura de la prensa y cerraron muchas agrupaciones (Preston 34). Naturalmente, esta reacción sirvió para alimentar la ira de los grupos izquierdistas.

Aunque la mayoría de los problemas y conflictos eran más visibles entre los derechistas y los izquierdistas civiles, también había tensión entre las facciones del gobierno. A pesar de que Gil Robles, el líder del partido CEDA, no era el primer ministro, todavía deseaba el poder del gobierno para cambiar la constitución en un documento derechista (Preston 35). Para obtener el

nivel de poder deseado, Gil Robles se dedicó a cambiar la composición del gabinete de la República y para septiembre de 1934 el gabinete incluía a tres ministros de la CEDA. El creciente poder de los republicanos conservadores confirmó el miedo de los izquierdistas (Preston 35, 38). Al final, Gil Robles realizó sus metas en 1935 cuando el gabinete republicano consistía en cinco miembros de la CEDA y Gil Robles mismo se confirmó como Ministro de Guerra. Entonces, Gil Robles les quitó los puestos a los oficiales liberales y se los dio a los generales militares, como Francisco Franco, que comenzaron a preparar el ejército para la guerra civil eventual (Preston 39).

El nombramiento al gabinete de los miembros de la CEDA, y las siguientes políticas conservadoras, desencadenó una reacción fuerte entre los izquierdistas en la forma de una protesta durante septiembre de 1934 (Holguín 31). La protesta fracasó en la mayoría del país cuando el gobierno detuvo a los líderes socialistas, pero hubo algún éxito en Asturias entre los mineros. Al final, el intento de los mineros asturianos fracasó también, pero la revuelta intentada de 1934 se reconoce como “the first battle of the Civil War” (Brenan citado en Preston 36). Además, aunque la revuelta terminó con más de 30.000

partidarios izquierdistas encarcelados, servía como la base para la reunificación frágil de los grupos izquierdistas—un factor increíblemente importante en las elecciones de 1936 (Holguín 31).

Como las elecciones de 1933, las elecciones de 1936 trajeron propaganda y acusaciones entre los derechistas y los izquierdistas. Cada lado tenía su propia campaña de desprestigio contra el otro. La derecha, liderada por el partido CEDA, “presented the elections in terms of a life-or-death struggle between good and evil, survival and destruction” (Preston 40). Afirmó que el Frente Popular—el nombre nuevo de los grupos izquierdistas—destruiría el gobierno y el país. Por otro lado, el Frente Popular habló sobre la amenaza del fascismo relacionado con la derecha y la CEDA y declaró que si los derechistas ganaran, dicha victoria traería el fascismo a España (Preston 40). El Frente Popular tenía buena justificación por sus creencias sobre los derechistas ya que la CEDA admiraba abiertamente la política de los nazis “because of its emphasis on authority, the fatherland and hierarchy” (Preston 31). Evidentemente, la propaganda de los izquierdistas funcionó mejor que la de los derechistas, y el Frente Popular ganó las elec-

ciones. Como en 1931, los partidos izquierdistas tenían control del parlamento con una mayoría absoluta—en total, los partidos izquierdistas ganaron 237 escaños y los partidos derechistas ganaron 143 (Beevor 40). Como respuesta a la pérdida, Gil Robles se fue de su puesto político, el cual pasó a José Calvo Sotelo, el líder del partido monárquico (Preston 41).

Como era de esperar, los derechistas no reaccionaron bien a la pérdida de poder. Se dieron cuenta de que “protecting their version of Spain meant abandoning the parliamentary process”, y comenzaron a hacer planes con el ejército para un golpe de estado y la destrucción de la República (Beevor 41; Preston 40). Antes de la revuelta, los derechistas querían crear un ambiente de caos y pánico para justificar la implementación de un régimen autoritario después de la caída de la República; por lo tanto, los derechistas recurrieron a los falangistas.

Antes de 1936, el partido de la Falange, y su líder José Antonio Primo de Rivera, eran una vergüenza para la derecha—tenían tácticas demasiado extremas y violentas aun para la mayoría de los derechistas (Beevor 41-42). Sin embargo, después de las elecciones de 1936, las tácticas paramilitares de la Falange eran perfec-

tas para crear el desorden necesario. Aún más, aunque los falangistas recibieron financiamiento de grupos derechistas como los monárquicos, no había una alianza formal entre los derechistas y los falangistas, así que la derecha podía oficialmente desconocer las acciones de la Falange (Beevor 41-42). La derecha usó “Falangist terror squads, trained in street fighting and assassination attempts” para aterrorizar a la población (Preston 41). Entre febrero y julio de 1936, hubo 269 asesinatos políticos (Holguín 32). Con ese nivel de violencia y caos, el gobierno ni podía parar los problemas ni llegar a un acuerdo mutuo con la derecha: la República estaba paralizada. Curiosamente, aún con todos los conflictos y las advertencias, el nuevo primer ministro, Casares Quiroga, no se dio cuenta de la seriedad de la brecha entre los derechistas y los izquierdistas (Preston 42).

Durante la primavera de 1936, mientras la izquierda intentó controlar el país, Calvo Sotelo—el nuevo líder de los derechistas—promovió propaganda derechista entre la población y preparó el ejército para una confrontación con la izquierda y la República izquierdista (Preston 44). Los generales más influyentes del ejército apoyaban la revolución inminente. Muchos habían

servido durante la dictadura de Primo de Rivera y creían que el ejército debía tomar el poder de la República. Entre la derecha, “there was a belief that the army had the right to intervene in politics to defend both the social order and the territorial integrity of Spain” (Preston 44). Entonces, antes de la revuelta, los derechistas ya disfrutaban del poder, la influencia y las armas del ejército—una clara ventaja en comparación a la República y los izquierdistas.

Los últimos eventos que llevaron a la revuelta comenzaron el 12 de julio de 1936 cuando los falangistas mataron al teniente José de Castillo, un republicano izquierdista (Preston 48). Entonces, los amigos de Castillo se vengaron de su muerte, matando a Calvo Sotelo, lo cual creyó la mejor justificación para la derecha para comenzar la revuelta; en otras palabras, los derechistas afirmaron que España necesitaba la intervención militar para salvarla del anarquismo (Preston 48). Por esa razón, la revuelta verdadera ocurrió el 17 y 18 de julio de 1936. Era la revuelta más planeada de todas durante la República y el general Emilio Mola la planeó, incluyendo cómo controlar a todo el país, especialmente a los obreros organizados. Todo ocurrió según el plan y el 18 de julio de 1936, el general

Francisco Franco y el general Luis Orgaz tomaron control de Las Palmas en las Islas Canarias (Preston 44-49). Aunque recibió advertencias de una revuelta de rebeldes o insurgentes—el apoyo de los izquierdistas para los soldados derechistas porque éstos estaban luchando contra el régimen legítimo—el gobierno republicano las ignoró, lo que al final lastimó a los izquierdistas y ayudó a los derechistas: “The final, fatal paradox of the liberal Republic”, señala Antony Beevor, “was expressed by its government not daring to defend itself against its own army [los militares insurgentes] by arming the workers who elected it” (50). De este modo, comenzó la Guerra Civil Española, con los derechistas—los nacionalistas—por un lado, y los izquierdistas—los republicanos—por el otro.

Iconos de la guerra

Según Jordi y Arnau Carulla:

La producción cartelística de la primera mitad de la contienda no tiene precedentes

en España, tanto por la cantidad como por la calidad artística del cartel litográfico

que se imprimió en un período tan corto de tiempo sobre un tema tan específico.

(49)

La Guerra Civil Española era un conflicto abundante de arte político que incluyó miles de cartel- es y pinturas famosas como *Guernica* por Pablo Picasso y el *Segador* por Joan Miró. Las obras visuales producidas durante la guerra tenían papeles muy diferentes para los dos lados—los republicanos se enfocaron mucho en los carteles y el arte plástico, mientras para los nacionalistas, los discursos orales y la escritura estaban por encima del arte visual. A toda costa, la Guerra Civil produjo obras visuales que tenían enormes impactos durante la guerra y todavía están considerados como iconos hoy en día.

Con respecto a los carteles, los republicanos produjeron alrededor de 3.500 carteles distintos durante los tres años de la guerra (Carulla y Carulla 49). Los carteles republicanos—al menos durante el primer año de la guerra—se caracterizaban por “[l]a urgencia, la funcionalidad [y] la persuasión” (Carulla y Carulla 57). Por toda la guerra los carteles eran vivos y dinámicos e inspiraron a los partidarios a apoyar y ayudar la causa izquierdista (Vernon 292). A diferencia

de los carteles nacionalistas, los republicanos cambiaron a lo largo de la guerra—cuando los primeros carteles se pusieron obsoletos, los cartelistas los cambiaron, aunque se redujo el ritmo rápido de los cambios. Los nacionalistas mantuvieron los mismos carteles durante toda la guerra, lo cual lastimó la eficiencia de la campaña cartelística (Carulla y Carulla 41). Aunque la producción de carteles era inferior durante los últimos dos años de la guerra, los republicanos todavía produjeron los carteles más apasionados y más icónicos del conflicto.

En comparación a los carteles republicanos, los carteles nacionalistas eran estacionarios e inconexos—su nivel de impacto era mucho menos que el de los republicanos (Vernon 292). Los nacionalistas nunca apreciaron la importancia de la propaganda visual en la guerra y mantenían que los carteles izquierdistas eran inútiles y un gasto innecesario de recursos y materiales (Carulla y Carulla 65). Los nacionalistas no se dieron cuenta de las ventajas potenciales del buen uso de carteles y propaganda visual, y por eso los carteles derechistas eran “insignificant, mediocre, and grindingly repetitive” (Grimau citada en Vernon 293). Casi todos mostraron el mismo tema: “personajes heroico-simbólicos en

acción bélica” que carecían del fuerte impacto de los carteles republicanos (Carulla y Carulla 67). También, les faltaban la variedad y el número de los carteles creados por la causa republicana. Sobre todo, y distinto a los republicanos, los carteles nacionalistas no sirvieron como una inspiración, sino un método de controlar a las masas (Vernon 292). Así, estas diferencias filosóficas hacia los carteles y su temática destacan algunos contrastes entre las creencias de la República y las de los rebeldes.

Uno de los iconos más reconocibles de la Guerra Civil Española es la pintura *Guernica* por Pablo Picasso. *Guernica*, una obra enorme pintada en el típico estilo fragmentado de Picasso, está basada en el bombardeo de la aldea de Guernica en el País Vasco el 26 de abril de 1937 (Mendelson 331). La aldea—donde había muchos civiles y soldados en retirada—fue destruida. Lógicamente, puesto que los habitantes no eran combatientes, el bombardeo provocó mucha controversia en la prensa y enfadó tanto a los españoles como a los extranjeros (Mendelson 331). Todos los grupos derechistas negaron su participación en el incidente, incluyendo los alemanes y los italianos, que apoyaban y proveían armas a los nacionalistas. Por su parte, los

nacionalistas culparon a los radicales, afirmando que ellos incendiaron Guernica en la retirada. El periódico *L'humanité* señaló, mediante testigos oculares del bombardeo, que los rebeldes, con las armas de Hitler y Mussolini, eran los autores del evento. *L'humanité* publicó la versión más fidedigna del evento y por lo tanto, Picasso basó la pintura *Guernica* en ella (Mendelson 332). La pintura capturó no sólo la tragedia de Guernica— sino también la de la guerra. Hoy en día, la obra todavía tiene relevancia porque sirve como un testigo de la guerra y su brutalidad (Mendelson 332). El estilo caótico de Picasso es el medio perfecto para representar el horror y la desesperación de la aldea. A causa de la conceptualización gráfica de la escena, *Guernica* ha llegado a ser la obra de propaganda más conocida y discutida de la Guerra Civil Española.

El papel de la mujer en la Segunda República y la Guerra Civil

Durante la época de la Segunda República y la Guerra Civil, todavía se consideraba a la mujer inferior al hombre. Esta actitud era coherente con la estructura jerárquica de la sociedad española, pero subestimó enormemente la influencia

de la mujer y sus opiniones y creencias. Había muchas mujeres durante la guerra, algunas famosas y muchas anónimas, que tenían papeles importantes tanto en la política como en las actividades cotidianas. Al final, aunque “la guerra civil española...no cambió la situación [de la mujer] radicalmente...[porque] la misma falta de atención a las contribuciones de la mujer que existió antes de la guerra continuó en la posguerra”, hoy en día se reconoce el papel fundamental de la mujer en la Guerra Civil (Mangini, *Recuerdos* 7).

Uno de los primeros miembros femeninos del parlamento, Margarita Nelken, también era una de las mujeres más influyentes de la Guerra Civil Española. Nelken comenzó su carrera como escritora: se hizo crítica de arte cuando tenía quince años y empezó a escribir comentarios sociales cuando tenía veintiún años (Mangini, *Recuerdos* 38). Después de estudiar en París, Nelken se hizo la líder feminista de la Unión General de Trabajadores, o la UGT, un sindicato socialista. Ella fue elegida al parlamento por primera vez en las elecciones de 1931 y fue reelegida en 1933 y 1936; era la única mujer elegida por el partido socialista en tres elecciones (Mangini, *Recuerdos* 38-39).

Con respecto a sus opiniones políticas,

Nelken no vaciló en compartirlas. Curiosamente dada su sitio en el parlamento, Nelken no apoyó el sufragio femenino—mantenía que las mujeres votarían a los conservadores “a causa de las influencias de sus maridos y los clérigos” (Mangini, *Recuerdos* 35). No obstante, excepto por el derecho al voto, Nelken creía que las mujeres debían vivir con el mismo nivel de libertad que los hombres. A través de sus escritos, como por ejemplo, su libro controvertido, *La condición social de la mujer*, Nelken anunció sus creencias a la población española a pesar de recibir mucha crítica masculina (Mangini, *Recuerdos* 41).

Otra mujer sumamente importante durante la República y la guerra era Dolores Ibárruri. Apodada “La Pasionaria”, Ibárruri era una de las líderes del partido comunista en España (Mangini, *Recuerdos* 49). Comenzó su participación en los asuntos políticos en 1917 cuando se unió al partido socialista y fabricó bombas como preparación para una huelga nacional. En 1920 Ibárruri fue elegida miembro del primer Comité Provincial del Partido Comunista de Vizcaya. Cuando se mudó a Madrid en 1931, los comunistas la escogieron como la secretaria de la sección femenina del partido nacional comunista. La influencia de Ibárruri creció en 1933 cuando fue una delegada

del Comité Nacional de Partidarios de la Internacional Comunista, un grupo comunista muy influyente. Por fin, ella fue elegida miembro del comité ejecutivo en el VII Congreso de la Internacional Comunista (Mangini, *Recuerdos* 50).

Durante la Guerra Civil, Ibárruri “[e]mergió como una gran figura maternal, un tipo de ‘telúrica madre de guerra’, que llevó el mensaje oficial del Partido Comunista para inspirar a las masas y a las tropas” (Mangini, *Recuerdos* 49). A pesar de sus responsabilidades y puestos importantes en el partido comunista, Ibárruri nunca se escondió para protegerse contra los peligros; al contrario, apareció en el frente, en la retaguardia, con las Brigadas Internacionales y en el parlamento. Sin parar, ella infundió y conmovió a las tropas y promovió retórica comunista en el parlamento (Mangini, *Recuerdos* 50-51). Por eso, recibió el apodo “La Pasionaria”. Aunque Ibárruri apoyó el movimiento femenino, en general no se clasificó como feminista. Mantenía que las mujeres debían tener los mismos derechos que los hombres, pero enfocó la atención más en la lucha de clases que en la lucha de géneros—creía que la democracia traería más privilegios a la mujer (Mangini, *Recuerdos* 54).

Además de las mujeres famosas de la

Guerra Civil, había mujeres relativamente “normales” que tenían papeles importantes en la guerra. Las milicianas eran mujeres, generalmente de la clase obrera, que querían, e intentaron, luchar en las batallas al frente, pero al fin, casi todas estas mujeres estaban obligadas a regresar a casa (Mangini, “Memory Texts” 373). Otro grupo reemplazó a los hombres en los trabajos, tanto en las fábricas como en el campo. Sin embargo, como las milicianas, la mayoría de estas mujeres perdieron los trabajos y tuvieron que volver a casa cuando los hombres regresaron de la guerra. Muchas mujeres también se unieron a organizaciones y grupos políticos para promover los derechos femeninos y el papel de la mujer en la sociedad (Mangini, “Memory Texts” 373-74). Así, las mujeres españolas ejercían un papel fundamental durante la Guerra Civil a pesar de que la prensa española y los hombres generalmente las ignoraban o menospreciaban sus esfuerzos de cambiar los papeles de género en España.

Las víctimas de la guerra

“The plotters [los rebeldes que planearon la revuelta]”, señala Paul Preston, “had not foreseen that their rising would turn into a long civil war...

they had not counted on the strength of working class resistance” (51). La resistencia de las clases obreras y los grupos izquierdistas resultó en una de las tragedias más profundas de la Guerra Civil Española: el número de víctimas. Políticos, civiles, hombres, mujeres, izquierdistas y derechistas—todos sufrieron de la violencia y el caos de la Guerra Civil. Algunos fueron simplemente encarcelados, mientras otros que no tenían tanta suerte fueron asesinados. El nivel de violencia en España confundía al resto de Europa, que “did not understand the turbulent cycles of repression and revolt which had now built up to an explosion affecting every corner of the country” (Beevor 70). La prensa internacional solía representar la situación española de manera sensacionalista, lo cual promovió la propaganda de los dos lados.

Hoy en día, existe la tendencia de enfocarse en los delitos cometidos contra los republicanos. No obstante, los republicanos cometieron muchas maldades contra los nacionalistas como protesta contra la revuelta derechista. Dado el poder y la influencia de la iglesia en la política y la sociedad española—a pesar de los esfuerzos del gobierno republicano de minimizarlos—la iglesia y el clero se convirtieron en el blanco de

la violencia izquierdista. En las primeras semanas de la guerra, los republicanos mataron a 13 obispos, 4.184 párrocos, 2.365 clérigos monásticos y 283 monjas (Lannon 53). Después de la guerra, los nacionalistas afirmaron que en total, 7.937 personas eclesiásticas murieron a causa de los izquierdistas (Beevor 70). El País Vasco era la única región de España que no experimentó asesinatos clericales (Lannon 53). Además de los asesinatos, hubo casos de violencia excesiva contra los sacerdotes antes de morir. Por ejemplo:

A few were burned to death in their churches and there are reports that some were burned alive after being made to dig their own graves. In the overwhelming majority of cases, however, it would appear that the killing was carried out instantly even if some corpses were mutilated afterwards. (Beevor 70-71)

Los asesinatos clericales resultaron en mucha controversia en el extranjero, y durante la primera parte de la guerra, la opinión internacional favorecía a los nacionalistas (Beevor 69).

Además del clero, los republicanos persiguieron a miembros de la clase media alta. Sin

embargo, eran exagerados los informes según los cuales los izquierdistas mataban a la burguesía de modo indiscriminado; según Beevor, los republicanos sólo acosaban a las personas que maltrataban a los pobres. Dejaron en paz a los que ayudaban a los pobres (71). De este modo, aunque los republicanos mataron a los civiles, casi siempre escogieron los blancos; es decir, los asesinatos no eran completamente ilógicos.

Por otro lado, los nacionalistas mataron y encarcelaron a muchas personas también. Casi inmediatamente después de la revuelta del 18 de julio del 1936, estalló mucha violencia contra personas que apoyaban a la izquierda y el Frente Popular. La peor violencia ocurrió en Andalucía y Extremadura donde los nacionalistas lucharon contra la clase obrera para tomar control de ciudades como Córdoba, Huelva, Sevilla y Granada (Preston 54). Cuando los derechistas tenían control de la ciudad, mataron a “union leaders, government officials, left-of-centre politicians... intellectuals, teachers, doctors, even the typists working for revolutionary committees” (Preston 54). Cualquier persona que había votado por el Frente Popular o que tenía conexiones a la izquierda era un blanco para los nacionalistas. No se sabe el número exacto de muertos de

civiles izquierdistas—varió a causa de factores como la propaganda y la confusión—pero el número estimado radica entre 100.000 y 200.000 (Beevor 74). El nivel de terror era especialmente alto en la ciudad de Granada, donde los nacionalistas emplearon “the Falangist ‘Black Squad’” para crear caos y pánico. En esta ciudad, los derechistas mataron a entre 5.000 y 8.000 civiles (Preston 54; Beevor 74).

Una de las tragedias más conocidas de la Guerra Civil Española fue el asesinato del poeta Federico García Lorca. Lorca apoyó a los izquierdistas, lo cual era bien conocido en Granada, donde nació y vivió durante los veranos (Preston 55). La mayoría de sus obras trata de temas políticos: la represión de la iglesia, el carácter totalitario de los que mandan y la opresión que resulta por las tradiciones antiguas. Por eso, los derechistas mantenían que Lorca era una amenaza contra los valores tradicionales y así los rebeldes escogieron a Lorca como uno de los blancos (Preston 55). Es igualmente posible que los nacionalistas hayan perseguido a Lorca también a causa de su homosexualidad. Aunque no existía una ley explícitamente contra la homosexualidad, “it is a fact that when the Civil War began in 1936, many people were persecuted as

much for sexual as for political reasons” (Gibson citado en Montgomery 12).

A pesar de las causas, cuando los nacionalistas comenzaron a buscarlo, Lorca se escondió en la casa de Luis Rosales, un amigo falangista. Sin embargo, el 19 de agosto del 1936, los nacionalistas lo encontraron en la casa de Rosales y lo mataron. Valdés, el soldado responsable por el asesinato de Lorca, mantenía que “Lorca was a repellent Red. His work was subversive, his private life disgusting” (Gibson citado en Montgomery 13). No obstante, aunque la muerte de Lorca era una tragedia enorme, al fin era “merely a drop in an ocean of political slaughter” (Preston 55).

Los exiliados y la censura

Durante la Guerra Civil Española, muchas personas, especialmente los intelectuales, se exiliaron voluntariamente. Es verdad que para algunas personas, el exilio era forzado, pero para otras, el exilio era el escape lógico de la violencia nacionalista. Entre 1936 y 1939—los años de la guerra—casi 500.000 refugiados se fueron de España a otros países como Francia, México, Argentina y la Unión Soviética (Faber 342).

Mientras los intelectuales estaban en el

exilio—tanto durante la guerra como después cuando el régimen franquista tomó control de España—escribieron sobre sus experiencias. Faber señala que, “writing became a way to deal with their multiple loss—losing the war, losing friends and families, but also losing a sense of identity and purpose in life” (342). En el exilio, los intelectuales podían escribir y expresarse sin censura. Sin embargo, sus obras no llamaban la atención de muchos lectores fuera de España; aunque durante la guerra había mucho interés en los eventos, después, los otros países prácticamente la olvidaron (Faber 342).

En el mundo intelectual español, la censura de los nacionalistas era un problema enorme que promovió el exilio voluntario. El mayor golpe a la libertad de expresión y de prensa ocurrió cuando Francisco Franco y los derechistas promulgaron la Ley de Prensa en 1938. Con esta ley, el gobierno podía censurar todas las obras creativas e intelectuales:

Novels were usually regarded as immoral, and any book which was suspected of

being disrespectful to the Catholic religion, the army, the unity of the nation, or the aims of the Nationalist crusade was automatically destroyed. The censorship of newspapers and magazines was more under the control of the military than the church, and the press law required all publications to propagate the ideals of the National movement at all times. (Beevor 263)

Hubo un nivel de censura durante la guerra, que los dos lados emplearon como un tipo de propaganda, pero la censura de la guerra era menor en comparación a la censura franquista (Beevor 176). La violencia nacionalista desató el exilio voluntario de los intelectuales, pero se quedaron fuera de España a causa de la extrema censura franquista.

OBRAS CITADAS

- Beevor, Antony. *The Spanish Civil War*. New York: Peter Bedrick Bks., 1982.
- Ben-Ami, Shlomo. "The Republican 'take-over': prelude to inevitable catastrophe?" *Revolution and War in Spain: 1931-1939*. Ed. Paul Preston. London: Methuen, 1984. 14-34.
- Carulla, Jordi y Arnau Carulla. *La guerra civil en 2000 carteles: república, guerra civil, posguerra*. Barcelona: Postermil, S.L., 1997.
- Faber, Sebastiaan. "The Exile's Dilemma: Writing the Civil War from Elsewhere." *Teaching Representations of the Spanish Civil War*. Ed. Noël Valis. New York: MLA, 2007. 341-51.
- Holguín, Sandie. "Navigating the Historical Labyrinth of the Spanish Civil War." *Teaching Representations of the Spanish Civil War*. Ed. Noël Valis. New York: MLA, 2007. 23-32.
- Lannon, Frances. "The Church's crusade against the Republic." *Revolution and War in Spain: 1931-1939*. Ed. Paul Preston. London: Methuen, 1984. 35-58.
- Mangini, Shirley. *Recuerdos de la resistencia: La voz de las mujeres de la guerra civil española*. Trad. Teresa Kennedy. Barcelona: Península, 1997.
- . "Teaching the Memory Texts of Spanish Women during the Civil War." *Teaching Representations of the Spanish Civil War*. Ed. Noël Valis. New York: MLA, 2007. 373-84.
- Mendelson, Jordana. "Learning from *Guernica*." *Teaching Representations of the Spanish Civil War*. Ed. Noël Valis. New York: MLA, 2007. 328-38.
- Montgomery, Melissa. "La marginación y la injusticia social en la vida y la obra de Federico García Lorca." Tesis. Lycoming College, 2002.
- Preston, Paul. *The Spanish Civil War: 1936-1939*. London: Weidenfeld and Nicolson, 1986.
- Ucelay-Da Cal, Enric. "The Spanish Civil War as a National Conflict." *Teaching Representations of the Spanish Civil War*. Ed. Noël Valis. New York: MLA, 2007. 33-43.
- Vernon, Kathleen M. "Iconography of the Nationalist Cause." *Teaching Representations of the Spanish Civil War*. Ed. Noël Valis. New York: MLA, 2007. 289-304.